

Carlos Payán Volver

En los tiempos del *unomásuno*

Eduardo R. Huchim

Carlos Payán Volver fue nombrado subdirector general del unomásuno en un tiempo en que prácticamente carecía de cualquier experiencia en el periodismo. Sin embargo, su personalidad conciliatoria y su temple contra las adversidades le ganaron el respeto de la comunidad de lectores y colegas. Este perfil traza la trayectoria de quien además fue fundador de La Jornada y senador de la República.

Aquellos tiempos del *unomásuno*, en los años setenta y parte de los ochenta, son irrepetibles. A mí me recuerdan la canción que habla de las golondrinas portadoras de sueños que llegaron en alas de la juventud,¹ en este caso de la juventud de la mayoría de los periodistas que ahí crearon un periodismo de vanguardia, bajo la guía y el genio de Manuel Becerra Acosta.

¹ Con letra de Luis Rosado Vega y música de Ricardo Palmerín, *Las golondrinas yucatecas* dicen así en ritmo de clave:

Llegaron en tardes serenas de estío
cruzando los aires con vuelo veloz,
y en tibios aleros formaron sus nidos,
sus nidos formaron, piando de amor.
Qué blancos sus pechos, sus alas qué inquietas,
qué inquietas y leves abriéndose en cruz

El gran éxito del *uno* se explica por el equipo de notables periodistas que acompañó a Becerra Acosta, pero no podría explicarse sin la participación de un abogado comunista, egresado de la UNAM, que tuvo el acierto de armonizar casi todas las fuertes individualidades que

y cómo alegraban las tardes aquellas,
las tardes aquellas bañadas de luz.

Así en la mañana jovial de mi vida,
llegaron en alas de la juventud,
amores y ensueños... como golondrinas,
como golondrinas bañadas de luz...

Mas trajo el invierno su niebla sombría,
la rubia mañana llorosa se fue...
se fueron los sueños y las golondrinas...
y las golondrinas se fueron también...



José Emilio Pacheco, Eduardo Deschamps, Rodolfo Rojas Zea, Carlos Payán Volver, Ernesto Mejía Sánchez, Herminia Dosal, Hero Rodríguez Neumann, Fernando Ramírez de Aguilar, Manuel Arvizu, René Avilés Fabila, Fernando Meraz Mejorado, Juan José Garzón Bates, Enrique Loubet Jr., José Trinidad Ferreyra, Fernando Belmont, Paulina Lavista, Fernando Benítez, Manuel Becerra Acosta, Manuel Marcué Pardiñas, Jorge Hernández Campos, Manuel Moreno Sánchez, René Arteaga Rebollo, Alejo Vázquez Lira, Hugo Hiriart, Guillermo Mora Tavares, Marco Aurelio Carballo, Hugo Gutiérrez Vega y Luis Ortiz Monasterio.

integraban ese equipo. Me refiero a Carlos Payán Volver, quien al llegar al proyecto de un nuevo diario —que entonces parecía tener pocas posibilidades de materialización— no poseía antecedentes periodísticos notables, como sí los tenía, por ejemplo, Miguel Ángel Granados Chapa, quien ya era autor de su célebre *Plaza Pública*, la más prestigiada columna periodística que transitó del siglo XX al XXI y que sólo desapareció cuando la vida de su autor se apagó también, en octubre de 2011. Por su parte, el único antecedente en tareas de prensa que se le conocía a Payán era su paso por *El Machete*, órgano del Partido Comunista Mexicano. De ahí que sorprendiera la designación de Payán como subdirector general del *uno*, puesto que desempeñó hasta su salida del diario, en 1983.

A Payán se le regatea, incluso ahora que se ha retirado del periodismo, el carácter de periodista. Y ciertamente, no había sido reportero ni articulista ni “hombre de mesa”, como le llamaba Becerra a los entonces frecuentemente incomprendidos correctores de estilo y cabeceros. No obstante, sin la paciencia, la sensatez, la visión política, el buen gusto y, sobre todo, el espíritu conciliador de Carlos Payán, el *uno* no habría sido lo que fue. Más aún, quizá, sencillamente, no habría sido porque, cuando Becerra Acosta desmayaba agobiado por el desánimo ante las dificultades y vicisitudes para dar vida al nuevo periódico, aparecía Payán y lo hacía volver a ver viable el proyecto.

Todo aquello ocurría en circunstancias en que nada facilitaba la ímproba empresa de crear un diario sin los

auspicios ni la simpatía del gobierno federal, menos aun si la parte más importante de los audaces creadores procedían del diario que a mediados de 1976 había sido víctima del presidente Luis Echeverría, quien con una compleja operación política puso fin a la más brillante etapa del entonces más prestigiado periódico de México y uno de los mejores del mundo: el *Excelsior* dirigido por Julio Scherer García y en el cual Becerra Acosta y Granados Chapa habían tenido una destacada carrera, pero no Carlos Payán.

Vecino que fue del barrio de La Merced, Payán estaba mejor dotado que Becerra Acosta para hacer frente a la adversidad, quizá porque éste era hijo del periodista del mismo nombre y con un nivel de vida mejor que el promedio mexicano, mientras Payán Volver procedía del proletariado, un sector al que luego serviría desde diversas trincheras, incluso la del Senado de la República. Hay un episodio de la niñez de Payán que retrata las carencias en que transcurrió esa etapa de su vida. Veámoslo en sus propias palabras:

Tenía ocho años y los Reyes no me trajeron juguetes, pero sí en cambio unos zapatos y unos calcetines nuevitos, pero de todas maneras me alegraron mucho, así que le anuncié a mi madre que salía a enseñarle mis zapatos a la abuela, en una vecindad cercana en cuya azotea hacían buñuelos bañados en melaza de piloncillo. Yo estuve comiendo hasta que mamá Mati, así le decíamos a la abuela, me anunció que iba a oscurecer y que ya debía regresar a mi casa.

En el camino un hombre me preguntó qué me habían traído los Reyes y tras mostrar los zapatos, el hombre me dijo: “Ahí adelante están regalando juguetes a los niños pobres, si quieres te acompaño”. Ya en la entrada de otra vecindad me indicó: “Sube al segundo piso y en la puerta número 17, entra y pregunta por tus juguetes”. Ya iba yo a traspasar el umbral, cuando el señor me detuvo: “Espera, con esos zapatos nuevos no van a creer que eres pobre”.

Tras de un breve silencio, viendo mi cara de desencanto, el hombre dijo: “Bueno, no te desilusiones, creo que hay una manera, quítate los zapatos y los calcetines y yo te espero aquí a que vuelvas con tus juguetes”.

Tal cual lo hice, entré descalzo a la vecindad y subí apresurado las escaleras, llegué sofocado, toqué tímidamente la puerta y esperé hasta que abrieron. En el dintel, me encaró un hombre corpulento. “¿Qué quieres?”. “Vengo por los juguetes que le dan a los niños pobres”, le dije sonriendo. “¡Largo de aquí, muchacho pendejo!”, me ordenó cerrando de un portazo. El ritmo de mi corazón se aceleró con un fuerte golpeo. “¡Mis zapatos!”, casi grité, bajé corriendo las escaleras y salí a la calle, donde comprobé que el cuidador de mis prendas había desaparecido.²

POR QUÉ PAYÁN FUE SUBDIRECTOR

La pobreza que acompañó a Payán durante su niñez y juventud lo curtió para no desmayar ante los obstáculos. Por eso su participación en la etapa inicial del *uno* fue crucial, tanto antes de que los voceadores gritaran en las calles el antiperiodístico nombre del nuevo diario como en los primeros años en que, paulatinamente, el *uno* se volvió referencia, sobre todo en los círculos políticos, universitarios, culturales y laborales.

—¿Cómo es que Carlos Payán se vuelve subdirector si no era periodista? —le preguntó María Antonieta Barragán a Becerra Acosta, en una de sus conversaciones para su libro aún inédito *Unomásuno: Vía crucis de un proyecto periodístico*.

—Por su cercanía conmigo —respondió Becerra—, por su constancia en el trabajo, por su inteligencia, por sus deseos humildes de aprender —y no es un hombre humilde—, hizo el gran esfuerzo de acoplarse para aprender y enseñarse a hacer lo que quería hacer. La vida de Carlos Payán cambió totalmente, se transformó en periodista, efectivamente, cuando siempre había sido un empleado de gobierno con diferentes ubicaciones.

—¿Y no protestaron los que estaban con usted, que tenían mucho tiempo, habían sido leales y eran periodistas?

—No, porque eran leales.

—¿No protestaron?

²Ángel Bolaños Sánchez, *La Jornada*, 10 de septiembre de 2011.

—No, porque Payán se hizo querer. Tiene una gran capacidad para ganarse la buena voluntad de las personas. Es un buen político.

En efecto, a pesar de que su nombramiento sorprendió a la mayoría de los periodistas fundadores y sí generó inconformidades, Payán se hizo querer sobre todo por la cordialidad de su trato, un buen talante que a lo largo del tiempo desactivó conflictos, muy frecuentes éstos en los primeros años del *uno* y también después. Sin su presencia conciliadora, muchos enfrentamientos y decisiones difíciles —más allá de lo habitual en un centro de trabajo— habrían derivado incluso en violencia.

La suavidad de su trato reñía con la dureza del gerente Alberto Konik. Más de una vez escuché el elogio a la mediación de Payán en situaciones conflictivas:

—Vas a ver a Konik, le pides 100 y te da 50 o 70 por ciento de lo que pides y sales de su oficina mentándole la madre. Vas a ver a Payán y te da 20 por ciento o nada y sales contento después de haber hablado con él.

Alguna vez escuché cómo Carlos Payán era calificado de “seductor de mujeres y hombres”, aludiendo no a episodios románticos sino a sus dotes para la persuasión. Enfundado casi siempre en pantalón y chaqueta de mezclilla o en un conjunto de pana, frecuentemente con un suéter de cuello alto debajo, su figura proyectaba afabilidad.

Con su poblado mostacho y su panza característica —“hay panzas gratas”, solía decir Becerra Acosta—, Payán se hizo periodista desde la subdirección del *uno*, algo que —como bien saben los periodistas— no resulta nada fácil. Desconocía al principio muchos de los secretos de esta actividad adictiva y apasionante, pero tengo para mí que terminó por aprenderlos y, algo muy importante, se ganó el respeto de los periodistas, de los consagrados y de los que entonces se iniciaban en las li - des del diarismo como “huesos” (ayudantes) que aspiraban a ser reporteros.

DEL UNOMÁSUNO A LA JORNADA

Las continuas rencillas y la polémica apropiación por Becerra Acosta de la mayoría del capital del *uno*, concebido originalmente como una cooperativa, llevaron a la ruptura y a la salida de decenas de reporteros y articulistas, encabezados por cinco directivos: Payán, Granados Chapa, Héctor Aguilar Camín, Carmen Lira y Humberto Musacchio. Los cinco encontraron el éxito profesional fuera del *uno*, igual que muchos de quienes los siguieron y también muchos de quienes permanecieron en el periódico, junto a su fundador.

Payán y Granados Chapa, quienes juntos participaron en la fundación de *La Jornada*, acompañados de un

valioso equipo de profesionales del periodismo y de articulistas de primera línea, habrían de separarse en el camino por discrepancias sobre la conducción del entonces joven periódico, diferencias cuyo clímax fue la reelección de Payán en la dirección general de *La Jornada*, un puesto al que también aspiraba Granados Chapa, quien ya era director del periódico. Después de aquellos años tuve la fortuna de hablar varias veces con uno y con otro, generalmente en la mesa de algún restaurante y, en el caso de Payán, algunas veces en su casa de Tlalpan. Sin que ninguno modificara sus posiciones, escuché de ambos referencias mutuas de respeto.

No ocurre lo mismo con todos los protagonistas de aquellos días irrepetibles del *unomásuno*, hermano mayor de *La Jornada*. El tiempo, que suele borrar o atenuar rencores, todavía no termina de rociar su polvo bienhechor que cubra y difumine odios y resentimientos. Becerra Acosta y Granados Chapa se han ido. Carlos Payán ha sido y es compañero de aventuras del ingenioso e incansable Epigmenio Ibarra en la más creativa productora mexicana de televisión, Argos, que se ha beneficiado del talento y la inspiración del director-fundador de *La Jornada*, hoy dirigida por Carmen Lira.

“ME MANDÓ PAYÁN”

La primera noticia sobre Carlos Payán la tuve en Mérida, siendo yo jefe de redacción del *Diario de Yucatán* y corresponsal del *unomásuno* en ese estado. La recibí en septiembre de 1979, con motivo de un hecho trágico en Yucatán: el asesinato de tres reos a manos de Miguel Nazar Haro, entonces director de la temible Dirección Federal de Seguridad, quien encabezó una operación para liberar a los rehenes que los internos —asaltabancos— habían tomado en un juzgado que funcionaba en la Penitenciaría Juárez, en Mérida. Nazar logró la liberación de los rehenes y capturó a los reos, pero luego llevó a éstos a instalaciones de la Policía Federal de Caminos... y de ahí salieron muertos.

El *uno* había tenido y publicado amplia información —enviada por mí— sobre los hechos, de modo que me extrañó la llegada de una reportera, Blanche Petrich quien, enviada a Cuba, hizo escala en Mérida para cubrir las secuelas del asesinato de los reos.

—Me mandó Payán —dijo Blanche y me explicó quién era el entonces subdirector general del *uno*.

La escala en su vuelo a Cuba me permitió conocer a la estupenda periodista que es Blanche, orgullo del periodismo de México, país que posee uno de los más notables conjuntos de mujeres periodistas. Mujeres que en aquellos tiempos del *uno* apenas empezaban a ser reconocidas como profesionales que podían ser tan buenas e incluso mejores que los hombres.

Años después, ya incorporado a la mesa de redacción del *uno* por invitación de su director, habría yo de conocer personalmente a Payán, aunque el tiempo en que ambos laboramos simultáneamente en aquel periódico fue breve porque sobrevino la ruptura cuyas causas sólo pude entender —y eso a medias— con posterioridad. Fue en *La Jornada* —también escenario de conflictos, rencillas y rupturas— donde compartí el mayor periodo de trabajo con Payán. En la tarea diaria de editar *La Jornada* rigió una regla de oro, útil sobre todo cuando yo me quedaba solo en la responsabilidad de la edición —es decir, cuando Payán y la entonces subdirectora, Carmen Lira Saade, descansaban—. La regla de oro consistía básicamente en lo que dos o tres veces me dijo el director:

—Cuando yo no estoy, el responsable de la edición es usted. Si *La Jornada* comete un error, aunque yo se lo haya propuesto, la responsabilidad será suya y no mía, porque usted es quien está, no yo. Así que no deje resbalar a su director.

Y la prevención se cumplía a cabalidad. Aun cuando generalmente coincidíamos, a veces Payán y yo diferíamos y no siempre prevalecía su opinión. En cambio, él siempre respetó su delegación de responsabilidad a quien estuviera físicamente al frente del periódico.

Sin retirarse del todo, hoy Payán disfruta del amor y la devoción de sus hijos Emilio, pintor y editor de artes gráficas, e Inna, exitosa cineasta, cobijados todos por el recuerdo de la talentosa y generosa Cristina Stoupignan. Conociéndolo un poco, estoy seguro de que le divirtió mucho la declaración de uno de sus nietos, quien en un video de homenaje por sus ochenta años, dijo de su abuelo: “bueno, él está más para allá que para acá... eso córtalo, ¿no?”.

Casi me parece escuchar a don Carlos comentar:

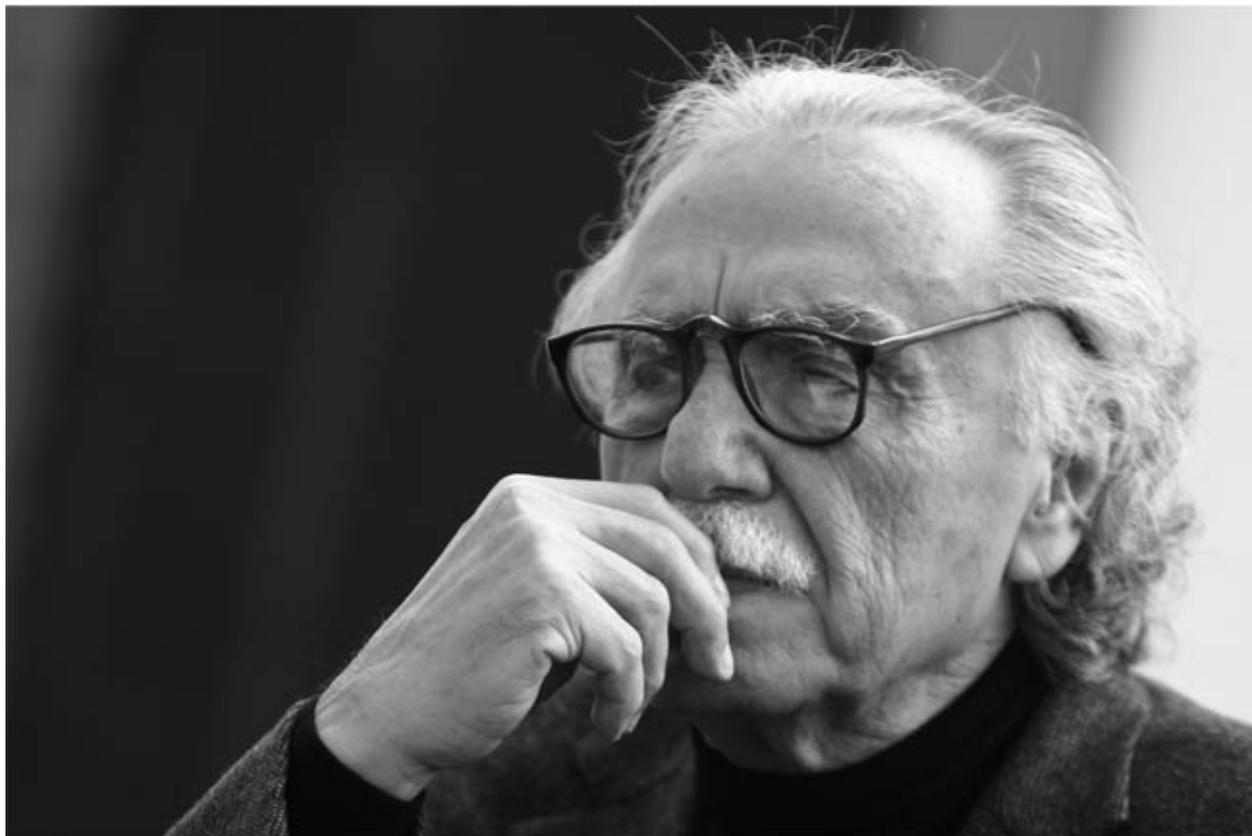
—Cabrón chamaco... lo voy a madrear cuando lo vea.

Eso antes de que el semblante se le dulcifique al escuchar a Inna declararle su “amor edípico” y decirle con ternura:

—Tu panza es la más bonita...

POESÍA SEMICLANDESTINA

Paralela y posteriormente a su actividad periodística, Payán tuvo relevantes puestos públicos y partidarios: fue consejero de la Comisión Nacional de Derechos Humanos y con ese carácter contribuyó a conferirle credibilidad a este órgano, en tiempos en que la desconfianza era la norma y la credibilidad la excepción. También formó parte de la Comisión de Concordia y Pacificación (Cocopa), creada con motivo de la rebelión del Ejército Zapatista de Liberación Nacional. Fue asimismo senador de la República por el Partido de la Revolución Democrática, de cuya Comisión de Garantías y



© Foto: Claroscuro

Carlos Payán Vélver

Vigilancia formó parte. Es director del Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista A.C. (CEMOS) y consejero de su revista *Memoria*.

Esos datos de su biografía son muy conocidos, igual que su actividad como presidente de Argos Producciones. Menos conocida es su vocación por la poesía, no sólo la ajena, sino la propia, si bien él jamás ha pretendido ser poeta. Amigo cercano de poetas y novelistas, incluso de Premios Nobel, fiero autocrítico, sólo por excepción ha publicado versos de su autoría. He aquí una de tales excepciones:

Ixqui

Uno llega al restaurante
Y pide sopa de cilantro.
Ella, que ha llegado con uno,
la pide de flor de calabaza.
Uno y la otra van descubriendo, poco a poco,
la palabra sopa, la palabra flor,
la palabra calabaza y aquella otra
que sobrecoge los corazones:
ci... lan...tro.

Al terminar la sopa alcanzan a ver
cómo el último sol de la tarde apaga las luces.

Descubrí sus ojos
en la mesa, cuando la sopa.
Usted la sorbía lentamente

mitigando con suavidad
el hambre que la perturbaba.

Los vi, sus ojos,
languidecer a la primera cucharada.
Cuando al fin se posaron en los míos,
yo ya no devoraba la propia
sino la ternura derramada por los suyos.
Del huachinango con jengibre
no hablo, ni del vino blanco, seco
que bebimos sin piedad.
Al final, usted sabe bien,
yo me bebí sus besos.
Después del café
sólo el adiós
cuando empezaba a descender la tarde.

Entré en la nave en construcción.
Habían quitado unos andamios
y por el vano de la ventana
podía observarse la transparencia del aire,
la montaña llena de esplendor y de misterio.
Me senté sobre una caja de libros:
aquí estará la cama, a esta altura,
y al despertar, al abrir los ojos,
me encontraré con ese paisaje.
Ahí, frente a la ventana,
algún día ella estará leyendo,
la luz poniente bañará su cara, su vestido
y yo recordaré a Pellicer:

Mi querido Jan Vermeer:
Ella está en la ventana a la hora de siempre...

Regresé a Ixqui
Aún no llegaba la primavera
y ya era verano

El aire estaba seco,
la tierra, leonada.

En los aguajes,
las ranas
celebraban la noche.
Cincuenta y seis árboles
han sobrevivido en Ixqui.
Algún día florecerán
y sus hojas en el otoño,
esparcirán su oro por el suelo,
y los ciruelos, a la luz de la luna,
cubrirán de follaje las estrellas amarillas.

Para entonces, las clivias y los agapandos
ya habrán cumplido el sueño.

Voy a tus piernas.
Pasaré por tu vientre,
lameré tu espalda,
tus brazos, tus caderas.
Me quedaré en tu boca largo tiempo.
Luego caeré,
como ave de presa,
entre tus muslos,
y abrevaré en tu sexo
hasta que estalle el firmamento
y un rayo parta nuestras espaldas.³

“NO QUIERO VIVIR AVERGONZADO”

Carlos Payán ha sido, desde el periodismo, un militante de las causas justas —o de las que él considera justas, para ser precisos—. Lo recuerdo rompiendo las tarifas de los periódicos que editó porque los campesinos u obreros que tenían la urgencia de insertar un desplegado no llegaban a veces ni a la mitad del precio y tampoco querían reducir su texto ni publicar una síntesis en los espacios para los lectores:

—¿Cuánto traen?

—1,700 pesos. No hemos podido reunir más.

—Pero eso no alcanza para pagar ni la mitad del espacio que ustedes quieren. Redúzcanlo y les hacemos un descuento.

—No podemos reducirlo porque la asamblea lo acordó así.

—Entonces... ¿qué hacemos?

—Pos nada, ya nos vamos... Les diremos a los compas que no se pudo.

—Chingada madre, con ustedes no se puede. Denme su texto y denle a Publicidad sus 1,700 pesos. Mañana se publica como ustedes quieren, pero sólo por esta vez, ¿eh?

Payán también ha dado la cara y su firma cuando la situación lo ameritaba, aunque se tratara de asuntos polémicos. Un ejemplo ocurrió en julio de 2006, cuando él y otros notables personajes como Elena Poniatowska, Carlos Monsiváis, José Emilio Pacheco, Carlos Pellicer, Cristina Pacheco, Jesusa Rodríguez, Sergio Pitol, Astrid Hadad, Ana Colchero, Ángeles Mastretta, Carmen Boullosa y los hermanos Bichir, entre otros, publicaron un desplegado en el cual repudiaban las acciones militares de Israel en Líbano y exigían a la ONU que interviniera para lograr un inmediato cese al fuego.

³ *Alforja*, XXXIII, verano de 2005.



sábado, suplemento de unomásuno, director: Fernando Benítez, 3 de diciembre de 1977

En respuesta, el embajador de Israel en México, David Dadonn, llamó a conferencia de prensa y abrió fuego: “Yo les acuso de apoyar indirectamente al terrorismo islámico, porque para Hezbollah ese texto (el desplegado) es un aliento para seguir atacando a Israel”.

El diplomático israelí acusó también a los mexicanos que firmaron el documento de falta de valor moral, de hacer diferencia entre las víctimas de Israel y las víctimas de Líbano, y fue más allá en sus acusaciones: “Deben retractarse; no es aceptable que haga un intelectual diferencias entre sangre israelí y sangre libanesa”.⁴

En contrarréplica, Payán publicó en El Correo Ilustrado de *La Jornada* el siguiente texto:

Señor embajador de Israel en México, David Dadonn:

A propósito de la carta que firmamos un grupo de mexicanos, en la cual pedimos que se suspenda la agresión por parte del Estado de Israel contra el Líbano, Usted nos ha señalado públicamente como terroristas, y ha exigido que nos retractemos.

Sucede, señor Embajador, que en el Holocausto hubo un crimen activo, el que cometieron los nazis, y también un crimen de omisión, el que cometieron todos aquellos que guardaron silencio frente a esa atrocidad.

Por mi parte, no voy a incurrir en crimen de omisión. No voy a guardar silencio frente a lo que considero una matanza sistemática desatada por el Estado de Israel. El pueblo judío tiene derecho a la vida, pero también lo tienen los libaneses y los palestinos.

No quiero guardar silencio. No lo haré. No quiero vivir avergonzado.⁵

“IMPOSIBLE NO QUERERLO”

En enero de 2009, Payán celebró sus ochenta años y fue agasajado por un grupo de amigos: Gabriel García Márquez, Carlos Slim, Porfirio Muñoz Ledo, Carmen Aristegui y Héctor Díaz-Polanco, entre ellos, además del organizador Epigmenio Ibarra. La ocasión fue motivo para que Carlos Marín hiciera un certero retrato en su “Asalto a la Razón” del diario *Milenio*, con el título “La verdad y los ochenta de Carlos Payán”:

Anoche, en la Zona Rosa, un centenar de amigos a quienes Epigmenio Ibarra invitó a la conspiración sorprendieron a Carlos Payán Velver con unas anticipadas mañanitas, para celebrar sus primeros ochenta años de vida.

⁴Juan Balboa, *La Jornada*, 27 de julio de 2006.

⁵*La Jornada*, 28 de julio de 2006.



La Jornada Semanal, suplemento de *La Jornada*, 28 de octubre de 1984

El mero día será el 2 de febrero de La Candelaria y los tamales, pero hubo que conciliar los tiempos en que podrían coincidir todos los convocados.

Cómo no apapachar a uno de los escasos periodistas que, formados en el ala más inteligente de la izquierda nacional, ha sabido ejercer en diversos medios el más libertario y plural de los oficios.

Payán colaboró en *El Machete*, órgano del Partido Comunista Mexicano; fue hombre clave en el mejor *uno-másuno* y director fundador de *La Jornada*.

Antidogmático, a este Carlos es imposible no quererlo aunque fuera sólo por la sabia enmienda que le hizo a la frase *La verdad sospechosa* con que tituló Juan Ruiz de Alarcón su célebre comedia:

“La verdad”, ilustra Carlos Payán, “es siempre sospechosa”.⁶

En efecto, así es este seductor de hombres y mujeres que hoy comparte su vida con la celebrada escritora colombiana Laura Restrepo (*Hot sur* es su novela más reciente). Es una relación que se nutre del amor, sí, pero también del disfrute y la devoción por las letras en todas sus manifestaciones. **U**

⁶*Milenio*, 23 de enero de 2009.